

necesitado en largo camino cuando iba á otra provincia. Y todo lo que tocaba á su oficio lo hacia con tal gracia, que á todos daba contento y á ninguno dejaba quejoso. De los religiosos de las otras órdenes y seglares era muy venerado y querido. La primera vez que acabó su provinciato, fué por morador al convento de Cuernavaca á aprender la lengua mexicana perfectamente (puesto que la entendia dias habia), y allí dió grande ejemplo de humildad y mostró el desprecio de su persona, no queriendo beber un poco de vino que le querian dar, por ser hombre en dias y necesitado del estómago, mas suplía esta necesidad bebiendo agua cocida con hojas de un árbol que llaman aguacate, queriendo padecer mengua por amor de Dios, y con celo de la santa pobreza. Era muy dado á la oracion, y su principal estudio para la predicacion, era consultarla primero con Dios. Cuando la segunda vez fué electo en comisario general, andaba la doctrina de los indios muy desfavorecida, y ellos muy supeditados de los que buscan antes el interese del cuerpo que la salud de las almas, á cuya causa fué importunado de los religiosos de las tres órdenes fuese á España á dar aviso de ello al rey D. Felipe nuestro señor, juntamente con los provinciales de las órdenes de Santo Domingo y S. Augustin. Y puesto que la mar le hacia notable daño, lo aceptó por el bien público y servicio que á Dios se hacia. Y en España trabajó todo lo que pudo por que se remediase lo que en el caso convenia, aunque fué sin provecho. Porque *los del consejo taparon la boca á los dos provinciales con sendos obispados, lo cual visto por el buen Fr. Francisco, alcanzó del Señor de los señores ministros que lo llevase*¹ á gozar de la verdadera dignidad que sus fieles ministros poseen en el cielo, y así acabó este destierro en Madrid, adonde está enterrado en el convento de S. Francisco. Partió de acá para los reinos de España año de mil y quinientos y sesenta y uno, y murió en el siguiente de mil y quinientos y sesenta y dos.

1561.

Fr. Francisco de Toral.

Fr. Francisco de Toral fué natural de Ubeda, y en su tierna edad se abrazó con el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religion del padre S. Francisco en la provincia del Andalucía. Con celo de la salvacion de las almas vino á esta del Santo Evangelio, donde vivió con mucho ejemplo y observancia de su regla. Fué el pri-

¹ Estas palabras están borradas en el MS., y en su lugar se hallan al márgen las siguientes: *no balló el favor que merecian sus buenos deseos, y junto con esto el Señor fué servido de lo llevar en breve.*

mero que aprendió la lengua popoloca (dificultosisima de aprender) y la enseñó á otros frailes, y la puso en arte y método para mas facilitarla. Aprendió tambien la mexicana y trabajó en ambas lenguas fidelísimamente en la provincia y comarca de Tecamachalco. Bautizó allí gran número de popolocas y mexicanos, y plantó en ellos la doctrina y fe cristiana, y púsolos en policía lo mejor que pudo. Fué electo en custodio de esta provincia del Santo Evangelio para el capítulo general que se celebró en Salamanca el año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Anduvo la mayor parte de España buscando religiosos observantes y celosos del bien de las almas, para obreros de esta viña del Señor, y siempre á pié, con un pobre hábito de sayal, remendado, con que dejaba muy edificados á todos los religiosos de los conventos por donde pasaba. Dió la vuelta á esta Nueva España el año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, trayendo consigo treinta y seis religiosos. Pocos años despues fué electo en décimo ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, el cual oficio ejercitó con comun aprobacion y contento de todos sus súbditos, porque los gobernó con mucha discrecion y madurez. En acabando su oficio, fué luego electo en primero obispo de Yucatan, porque aunque primero habia sido electo otro de la misma órden, llamado Fr. Juan de la Puerta, no llegó á su obispado. Aceptó esta dignidad el siervo de Dios, constreñido por la obediencia, y por no haber en aquel obispado otros ministros del Evangelio sino solos religiosos de S. Francisco, y por el deseo que tenia de ayudar á los naturales, á los cuales siempre tuvo entrañable aficion de verdadero padre. Antes de se consagrar partió otra vez para España á negocios que se le ofrecieron, de donde volvió á su obispado consagrado. Al cabo de algunos dias, deseando la quietud de su celda, y de enterrarse entre los santos religiosos que en esta provincia del Santo Evangelio habia conocido, renunció muchas veces el obispado. Y este deseo (puesto que no se le aceptó la renunciacion del obispado) quiso Nuestro Señor se le cumpliese, porque viniendo de Yucatan á México á algunos negocios, estando aposentado en el convento de S. Francisco, acabó el curso de esta vida, y enterróse en medio de la capilla mayor de la iglesia vieja, en el mes de Abril del año de mil y quinientos y setenta y uno.

1553.

1571.

CAPÍTULO LIII.

De otros ilustres varones de esta provincia del Santo Evangelio.

Fr. Miguel de Torrejoncillo.

1572.

FR. Miguel de Torrejoncillo vino de la provincia de Murcia. Fué muy ejemplar religioso, á todos apacible y grato, y aficionado á los naturales. Aprendió la lengua mexicana, y predicó en ella muchos años sin cansar, aunque era hombre muy pesado y muy necesitado por sus continuas enfermedades; mas por ellas no aflojaba de su rigor, caminando siempre á pié y haciendo lo demas que por su regla habia profesado. Era varon de mucha paciencia y perseverancia en el trabajo de la obra apostólica, siendo (como era) viejo, y tan pesado y enfermo. Mostrábase incansable en oír confesiones, y no habia mas diferencia en el tiempo de la cuaresma al de entre año, porque perpetuamente confesaba todo el dia entre semana, y predicaba los domingos. Y en estos santos ejercicios acabó la vida presente y pasó á la eterna, el año de mil y quinientos y setenta y dos, dejando mucho consuelo espiritual á los que le vieron morir muerte tan bienaventurada como la que murió, en el convento de S. Francisco de la ciudad de los Ángeles, donde yace su cuerpo sepultado.

Fr. Juan de Béjar.

1542.

Fr. Juan de Béjar vino de la provincia de Murcia con el comisario general Fr. Jacobo de Testera, el año de mil y quinientos y cuarenta y dos. Fué varon de grande ejemplo y virtud, y andaba de continuo lleno de alegría, con que mostraba claro la pureza de su conciencia y limpieza de su alma, y cómo en ella moraba el Espíritu Santo consolador. Jamas le vió alguno enojado, turbado ó impaciente, puesto que algunas veces estuvo tullido. Su mayor regocijo y alegría era tratar del Niño Jesus y de su sagrada Madre, y de S. José, su muy particular devoto, que para él era la plática mas frecuente y cotidiana. Viendo la imágen en que comunmente se pintan estas tres personas, cantábale al Niño y ofrecíale mil regalos, como si lo tuviera vivo en carne. Saludaba á la Virgen su Madre con muchas alabanzas de sus virtudes. Y gozábase con S. José del altísimo privilegio que Dios le habia comunicado en haberlo hecho padre putativo y ayo de su Unigénito Hijo y esposo de su Madre. Era devotísimo de este santo patriarca, y encumbraba esta prerogativa todas las veces que se le ofrecia materia, con muchas y efica-

císimas razones, que por su devocion le eran comunicadas. Donde él se hallaba, no habia de predicar otro en la fiesta de este glorioso santo, y tenia escriptos muchos y muy doctos sermones que de él habia compuesto. Fué este siervo de Dios la principal causa y medio por la excelencia de su predicacion, para que el glorioso S. José fuese recibido por patron de toda esta Nueva España. Era tanta la devocion que tenia á la gloriosa Virgen nuestra Señora, que en cada imágen suya que encontraba habia de decir la oracion del Ave María, aunque fuese muchas veces en un hora. Siendo (como era) predicador y viejo, tenia tanta humildad, que en el convento donde moraba servia á sus compañeros en los oficios del refitorio y cocina. Vino á enfermar, y estando cercano á la muerte, le dijo el médico: «Padre, vos sois religioso y siervo de Dios, y así os tengo de decir la verdad. Sabed que teneis de vida solas dos horas; por tanto, aparejaos y poneos bien con Dios.» Al cual respondió el varon santo: «Dios os consuele, señor, que me dais tan buenas nuevas. Por la gracia del Señor, no me dicta la conciencia cosa que me dé pena, y así aparejado estoy para cuando sea la voluntad de mi Dios.» Dijo esto con tanta alegría de espíritu, que el médico no pudo dejar de llorar, viendo la prontitud con que aquel siervo de Dios moria, y por el contrario la mucha pesadumbre con que los hombres del mundo acaban. Falleció muy viejo, y está enterrado en el convento de S. Francisco de la ciudad de los Ángeles, donde habia sido guardian.

Fr. Andrés de Castro.

Fr. Andrés de Castro vino de la provincia de Búrgos, de la cual ciudad era natural, y hijo de padres nobles. Desde su niñez fué inclinado á la virtud y desprecio de las cosas caducas y mundanas, criado en cristiana disciplina y ejercicio de las letras. Siendo de edad para recibir el hábito de religion, lo recibió en el convento de S. Francisco de la misma ciudad de Búrgos, y acabado su año de probacion y hecha profesion, oyó en aquella provincia su curso de artes y teología, y despues fué maestro de novicios, por su ejemplar vida y religiosas costumbres. Y queriendo despues aprovechar mas en las divinas letras, fué con licencia de su prelado á Salamanca, donde por espacio de cuatro ó cinco años se dió al estudio de la sagrada teología, oyendo segunda vez los cuatro libros de las sentencias del doctísimo maestro Fr. Andrés Vega, y aprovechándose de la doctrina de los famosos predicadores Fr. Francisco del Castillo y Fr. Alonso de Castro, todos tres de la órden de los menores. Á esta sazón volaba la fama de la estrecha observancia y perfeccion evan-

1542.

gética en que vivian los primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio, y el gran fructo que hacian en la conversion de tan innumerables gentes como las que entonces doctrinaban y baptizaban en esta Nueva España. Y deseando el siervo de Dios Fr. Andrés participar de ambos á dos inestimables aprovechamientos, pasó á estas partes el año de mil y quinientos y cuarenta y dos con el padre Fr. Jacobo de Testera. Aprendió luego la lengua mexicana, y despues, entrando en el valle de Toluca, aprendió la matlazinga, lengua bien bárbara y dificultosa de aprender, y fué el primero evangelizador de aquella lengua y nacion, porque antes de él ningun otro religioso la supo, ni despues de él, cuasi por espacio de veinte años. Compuso en ella (porque otros la aprendiesen) arte y vocabulario, doctrina cristiana, y sermones de todo el año. Y cuasi todo el tiempo que vivió en esta tierra (que seria poco menos de cuarenta años) se ocupó en la conversion, enseñamiento y ministerio de aquellas gentes. Y así no se podria contar con facilidad el número de los que trajo á la fe, baptizó y confesó, porque era continuo y incansable obrero en la viña del Señor, para la cual plantar extirpó muchas idolatrías, supersticiones y vicios que habia en la nombrada nacion. Su ordinario predicar era tres sermones en tres lenguas diversas todos los domingos y fiestas. El primero á los indios mexicanos, el segundo á los matlazingas y el tercero á los españoles. Y muchas veces le acaecia despues de este trabajo, cantar la misa y baptizar los niños, que eran muchos, y enterrar los muertos cuando los habia, y tras esto contentarse con un jarro de agua fria y no querer beber vino, con celo de guardar la pobreza, por ser costoso en esta tierra, aunque entonces valia mas barato que agora. Jamas cesaba de oir confesiones, habiendo quien se confesase, y nunca le faltaban, porque él discurría algunas veces entre año por toda aquella provincia (que es bien áspera y fragosa), y los buscaba por montes, cerros y barrancas, y se estaba todo el día (dejado el tiempo en que decia misa, rezaba el oficio divino, y comia) quitada la capilla, al sol, oyendo confesiones, que otro no lo pudiera sufrir ni un solo día. Todo lo demas tiempo que le restaba de la obra de los indios, ocupaba en la oracion mental, en la cual era muy devoto y ferviente, y muy continuo en la lección de las sagradas Escrituras. Nunca quiso ser guardian, aunque muchas veces se lo rogaron. Sola una vez le compelieron por la obediencia á que lo aceptase, y dende á pocos dias renunció la guardianía, aunque por sus muchas partes de letras, religion y prudencia, fué en veces electo en difinidor de

la provincia. Era muy amigo de la quietud de su celda, por lo cual no queria entender en negocios temporales, sino solamente en sus ejercicios espirituales. Mas con todo este su recogimiento, era afable y amable á todos, así religiosos como seglares, españoles y indios, porque á todos agradaba su santa y apacible conversacion, y de todos fué siempre tenido por varon santo. Muchas veces intentó dejar aquella gente matlazinga y morar entre mexicanos, porque como era solo en tratar con ellos, y ellos son gente bárbara, teníanlo ya cansado y harto con sus cosas. Y así les solia decir que no habia de volver á ellos hasta que se enmendasen de algunos vicios de que los reprendia algunas veces. Pero en tomando el camino, luego le salian al encuentro hombres, mujeres y niños, y unos se le ponian delante como por muro, otros se abrazaban con él y hacian grandes llantos, y al cabo le tomaban en peso y lo volvian al monesterio, y con esto se quedaba. Era muy pesado y corpulento, y por ser de flacas y delgadas piernas, aquella corpulencia le causó á la vejez hinchazon de los piés, y tal enfermedad de ellos, que no podia andar. Mas con todo eso, no dejó hasta la muerte sus acostumbrados ejercicios y trabajos del apostolado, haciéndose llevar á caballo mientras pudo andar en él, y cuando mas no podia, por importunacion de los mismos indios se dejaba llevar en andas de pueblo en pueblo. Fué observantísimo de su profesion y celador de ella, pobre y de mucha abstinencia. Su comer ordinario era sola una vez al día, salvo cuando por la obediencia ó caridad, siendo llamado, cenaba alguna poca cosa. Acabó bienaventuradamente en santa vejez, en el convento de Toluca, año de mil y quinientos y setenta y siete, y está allí sepultado.

1577.

CAPÍTULO LIV.

De algunos religiosos señalados en santidad de aquestos tiempos.

FR. Juan Osorio fué en el siglo caballero principal de Ocaña en el reino de Toledo. Vino á esta Nueva España en compañía del virey D. Antonio de Mendoza, de quien fué respetado y tenido en mucha estima, porque era Fr. Juan, en el hábito seglar (en que estaba), hombre de mucho punto y gravedad en todas cosas. Ofreciósele un negocio con que volvió á España, y despachado en corte por el Emperador para tornar segunda vez á la Nueva España,

Fr. Juan Osorio.

halló en Sevilla muchos religiosos, grandes siervos de Dios, que traía en su compañía Fr. Jacobo de Testera, volviendo del capítulo general de Mantua, entre los cuales venían los insignes prelados que después fueron, Fr. Francisco de Bustamante y Fr. Francisco de Toral. Y pareciéndole á Fr. Juan que era mejor y más segura la conquista de las almas que aquellos apostólicos varones venían á hacer, que la del oro y plata de las Indias, que los hombres del mundo con tanto afán buscan, se fué á ellos y rogóles humildemente lo admitiesen á su compañía. Ellos lo tuvieron por bien, y le dieron el hábito en Sevilla para fraile lego, como él lo pidió, puesto que tenía suficiencia para ser del coro, y le persuadieron á ello los mismos religiosos; mas no quiso sino escoger el más bajo estado de la religión, por dejar el mundo y sus honras más de veras. Trajéronlo aquellos padres novicio, el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, y cumplido el tiempo hizo profesión en el convento de México, donde ejerció el oficio de sacristán muchos años, con gran veneración y curiosidad en el servicio de los altares y cosas del culto divino, y con grande ejemplo de su persona y edificación de toda aquella ciudad, que de ver tan humilde y diferenciado un hombre que poco antes habían conocido en tanta estima y reputación, hallaban poca materia de confundirse y de alabar á Dios en sus obras. Fué apasionado este siervo de Dios de terrible melancolía, de que el demonio enemigo de todo bien se debía de aprovechar para perseguirle cruelmente, teniendo envidia á su continua oración y santos ejercicios, porque en ellos le era tan importuno y molesto, que casi lo traía al punto de desesperación por momentos. Mas el Señor, que está con el justo en la tribulación y que no permite ser tentado más de lo que puede llevar, la permitía en este su siervo para más provecho suyo, y lo libraba de ella y lo guardaba. Sintióse ya cansado y viejo, y por tratar más á sus solas con el Esposo de su alma, y más quietamente aparejarse para cuando lo llamase, pidió á los prelados le quitasen el cargo de la sacristía. Fué por ellos concedido esto, y así desembarazado de cuidados y ocupado en sola la oración y contemplación, acabó sus días en paz, y fué sepultado en el mismo convento de S. Francisco de México, año de mil y quinientos y ochenta y uno.

1542.

Psal. 90.
I. Corint. 10.

1581.

Fr. Francisco de
Villalbal.

Fr. Francisco de Villalbal fué natural de una aldea cerca de Burgos, llamada Quintanapalla, hijo de padres limpios y buenos cristianos. Recibió el hábito de religión de los menores en el convento de S. Francisco de la dicha ciudad. Y habiendo conversado santa-

mente por algunos años en aquella provincia, vino á esta del Santo Evangelio, año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, poco más ó menos, y trabajó en ella más de treinta años con mucho ejemplo y santidad de vida. Era muy observante de su regla, y de conciencia delicadísima y muy tímida de caer en alguna ofensa de Dios. Y por esta causa fué muy pocas veces guardian, y las que lo fué era constreñido por la obediencia. Mas del convento de México jamás lo quiso ser, ni lo pudieron acabar con él, aunque le pusieron censuras, dando él por excusa que no tenía para ello suficiencia. Eligiéronlo diversas veces en difinidor de la provincia, lo cual él aceptaba, pareciéndole que en aquel oficio no había peligro de la conciencia. Teníase por cosa cierta que se conservó con el favor divino en perpetua virginidad. Y á esto fácilmente se persuade quien conoció su angélica conversación y pureza, de la cual se colegía tener esta virtud y las demás que en un perfecto religioso se pueden desear. Fué excelente obrero de esta mies y agosto de las almas, y con sus predicaciones, confesiones, amonestaciones y buenos ejemplos, se multiplicó el campo del Señor y se hizo cada día más fértil, produciendo árboles fructuosos, y tan altos, que llegaron hasta la vida eterna. Falleció en santa y venerable vejez el año de mil y quinientos y setenta y siete, y su cuerpo descansa en el convento de S. Francisco de la ciudad de los Ángeles.

1545.

1577.

Fr. Diego de la Peña vino de la provincia de S. Gabriel en compañía de Fr. Luis de Fuensalida, uno de los doce primeros, que volvía de España, y muriendo Fr. Luis en la isla de S. German, Fr. Diego prosiguió su viaje y llegó á esta Nueva España. Siendo niño cayó en una fuente de agua, honda, y estuvo en lo bajo de ella mucho tiempo, y sacándolo como por muerto para enterrarlo, el niño Diego salió vivo y sin lesión alguna, porque lo tenía Dios guardado para servirse de él en la religión del padre S. Francisco, como después pareció, porque en ella fué religioso muy observante, amigo de la santa pobreza, celoso de su estado y de toda virtud, y muy notable en vida, ejemplo, doctrina y fervor apostólico. Traía un solo hábito, y siempre anduvo descalzo, y todo lo demás de su abstinencia y penitencia conformaba con estas muestras del paño. Aprendió la lengua mexicana, con la cual trabajó fielmente en la conversión de los indios, predicándoles y confesándolos con fervor de espíritu. Fué uno de los que comenzaban la reformation de la Insula (como se dijo atrás), y para el efecto renunció la guardianía de Tepepulco. Murió en el convento de

Fr. Diego de la
Peña.